LA ANTROPOLOGÍA Y LA ETNOLOGÍA
PREHISTÓRICAS

LA ANTROPOLOGÍA

Y

LA ETNOLOGÍA

PREHISTÓRICAS

POR

SCHAAFFHAUSEN



MADRID
IMPRENTA: ROLLO, 7, BAJO
1891

LA ANTROPOLOGÍA
Y LA ETNOLOGÍA PREHISTÓRICAS

Encargado de inaugurar el cuarto congreso de la sociedad antropológica alemana, la saludo con gran satisfacción en este valle del Rhin, que desde hace más de mil años es testigo del comercio entre las naciones más cultas de Europa, y que ha visto desarrollarse la civilización más rica y variada acaso que en ningún otro paraje de nuestra patria alemana.

¿Qué sitio de reunión podía convenir

mejor á una sociedad sabia que se ha propuesto el estudio de la humanidad?

¿Podría encontrarse otro más propicio que esta fértil y célebre tierra, donde durante el curso de los siglos, se han confundido los pueblos del Norte y del Mediodía, donde los romanos, el pueblo más poderoso de la antigüedad, se fijaron é impusieron leyes y costumbres, origen de la civilización alemana, donde en la Edad Media, los tres principados de Tréveris, Colonia y Maguncia, de tan pequeño territorio, manejaban los destinos del pueblo aleman, donde en los modernos tiempos han nacido algunos de los más grandes talentos con que la humanidad se enorgullece, donde, en fiu, reina hoy en todos los dominios de la actividad humana, arte, ciencia, in-

dustria, un ardimiento hasta aquí desconocido?

El magnífico desarrollo de nuestra sociedad demuestra que se ha fundado en tiempo oportuno, y que los hombres más distinguidos de nuestra patria coloboran en sus trabajos.

Nos llamamos *Sociedad de antropología, de etnología y de arqneología prehistóricas*; pero, á lo que parece, esta última ciencia ha absorbido demasiado exclusivamente nuestra atención.

La causa debe buscarse en los sorprendentes descubrimientos de los últimos tiempos y en la circunstancia de que sólo las ciencias naturales nos permiten llegar más allá de las tradiciones y arrojan alguna luz sobre nuestros más lejanos orígenes.

Demostraremos con algunos ejemplos la estrecha relación que une la antropología á las investigaciones de la etnología y de la arqueología prehistóricas.

La antropología estudia al hombre en su naturaleza corporal é intelectual, y una de sus teorías es la simultaneidad del desarrollo de la organización y el de la potencia intelectual.

Algunos sabios, como Johannes, Muller, Rodolfo Wagner y Volkmann dudan de que la inteligencia dependa del cerebro, pero en mi opinión este hecho está hoy día demostrado irrefutablemente, siendo base de la apreciación de la naturaleza humana.

La etnología y la arqueología prehistóricas nos dan precisamente las pruebas más convincentes.

No pretendo comparar al hombre enfermizo y raquítico con el que está sano, y bueno ni investigar las diferencias físicas de los indivíduos diversamente dotados.

Las mismas razas, miradas bajo este punto de vista, pueden ser coordinadas en larga serie.

Los buschimanes y los australianos forman el grado inferior de la escala del desarrollo; el grado superior los pueblos europeos.

El peso de los cerebros europeos puede exceder de 1.800 gramos en algunos hombres privilegiados, y, según Broca, puede también bajar á 1.024 gramos en los hombres sanos de espíritu, y á 975 en las mujeres.

El cerebro de los negros africanos es,

según Broca, más pequeño que el de los europeos, habiendo por término medio una diferencia de 12 por 100.

La capacidad media del cráneo de los australianos y de los buschimanes es, según Meigs, inferior en 24 centésimas al cráneo anglo-americano.

Marshall ha encontrado que el peso del cerebro de un buschiman era sólo de 872 gramos.

Huxley estima en 567 gramos el cerebro de un gorilla.

Broca le calcula, en vista de la capacidad craniana de este mono, en 540 gramos, es decir, en 62 centésimas del peso del cerebro de un buschiman; de modo que el del cerebro del mono es mayor que la mitad del que pesa el cerebro humano; el primero está respecto

al segundo en la proporción de 2 á 3 1/4.

Huxley pensaba que el cerebro humano más pequeño pesa 32 onzas, el del mono más grande 20 onzas y el de los hombres eminentes, según las indicaciones de Rodolfo Wagner, puede pesar 65 onzas.

La diferencia puede llegar por consiguiente á 33 onzas entre los diversos cerebros humanos, y á 12 onzas entre el cerebro del mono y el del hombre.

Pero el tamaño del cerebro no es el único término de comparación, debiendo tenerse en cuenta además la organización, y sobre todo la relación entre la sustancia gris y la sustancia blanca.

La primera está relativamente desarrollada en el hombre.

Lo que demuestra la importancia de

estos elementos de apreciación es el lenguaje.

Todos los hombres lo poseen, y por ello tienen más relaciones entre sí que las que existen entre el hombre más inferior y el mono, al cual falta este poderoso medio de perfección.

Unicamente la anatomía de las razas nos permite juzgar los diversos grados de organización y la distancia que separa al hombre de los animales más elevados.

Esta diferencia, bajo el punto de vista del cerebro, es más pequeña de lo que creemos, aunque bastante considerable para que el hombre que tenga el cerebro del tamaño del de el mono esté intelectualmente muerto, sea idiota; prueba de ello son los microcéfalos.

Los antropoideos se acercan, pues, al hombre con relación al cerebro y si quedara alguna duda, bastaría para que desapareciese examinar la estructura de la columna vertebral en los antropoideos, porque las exactas observaciones de Broca han hecho ver que está ya en ellos preparada la marcha vertical, por lo cual se aproximan más al hombre que á los monos.

El estudio de las razas nos proporciona otro hecho importante, acerca del cual no se ha insistido bastante, cual es que el desarrollo intelectual y el desarrollo corporal no son opuestos, como podría creerse atendiendo á casos particulares, sino que están estrechamente unidos.

Los pueblos más civilizados no son

solamente los que presentan el desarrollo corporal más bello, más regular, más alejado de la forma bestial, sino que además son los que poseen la mayor fuerza física.

En todas partes donde los marinos de las naciones europeas han tenido que pelear con los salvajes de las razas inferiores la ventaja ha sido para los primeros.

Los resultados de la lucha sólo han sido favorables á los habitantes de Nueva Zelanda, á quienes no puede considerarse como incultos salvajes.

¡Qué imágenes tan variadas de la actividad del alma humana se presentan á nuestra vista cuando sometemos á un examen profundo los hábitos y costumbres, los conceptos religiosos y sociales de los diferentes pueblos!

Puede asegurarse que hasta en las costnmbres más extrañas hay siempre un fragmento de la historia del hombre.

Se sabe, por ejemplo, que, entre muchas razas indias del Brasil, no es la mujer quien descansa después del parto, sino el hombre; tiéndese éste perezosamente sobre la hamaca y recibe las acostumbradas visitas.

Pudiera creerse que esto es una manía, un hecho excepcional, y sin embargo, lo mismo sucedía entre los antiguos corsos; Diodoro nos lo dice, y sabemos por Strabon que los cántabros del Norte de España tenían igual costumbre.

Jenofonte lá encuentra en el Asia Menor, y Marco Polo en China.

La uniformidad de este rasgo de costumbres se explica por ciertas concep-

ciones idénticas de los pueblos salvajes.

Cuando la vida en familia no está ordenada y reglamentada, la paternidad de un niño es siempre dudosa, y sólo los derechos de la madre son indiscutibles.

Obrando así, el hombre quiere afirmar su paternidad, reconocer el hijo, y por ello tan extraña costumbre adquiere una importancia considerable en la vida de estos pueblos primitivos y poco adelantados.

Por la misma causa entre los pueblos salvajes no se lega la herencia á los hijos, sino que se trasmite á los hermanos y á sus descendientes.

Con ayuda de la etnología se ve operar el desarrollo del espíritu humano bajo el punto de vista de la religión, de las

costumbres y de la vida social y política con más facilidad que sería posible hacerlo por medio de la historia, porque ésta no empieza hasta cierto grado de civilización; el origen de las concepciones humanas es mucho más antiguo, y podemos entreverlo en la vida moral de los pueblos que carecen de historia.

Cuanto más se ensanchan nuestros conocimientos relativos á los diversos pueblos de la tierra, más comprobamos la uniformidad de la marcha de la civilización, á pesar de la diferencia de razas y de la variedad de condiciones climatológicas en medio de las cuales viven, y cuya influencia sufren.

No nos admira la pintura de un pueblo aficionado á la antropofagia.

En casi todos los pueblos se encuen-

tran rastros de esta primitiva barbarie, porque, en cierto modo, es una necesidad que todos han sufrido.

¡Cuántos conceptos religiosos de los pueblos civilizados aparecen claros cuando vemos que la regularidad de una ley natural se reconoce hasta en el desarrollo de la noción de Dios!

La primera impresión fué el temor: ella creó los espectros y los demonios.

Obligado á luchar el hombre para prolongar su existencia, vió en todas las grandes fuerzas superiores de la naturaleza divinidades airadas, que por expiación exigían sacrificios humanos.

Esta idea primitiva estaba tan profundamente arraigada, que ha dejado rastros hasta en el cristianismo.

A la vista de los astros y de los be-

llos aspectos de la naturaleza, se levanta un ser benévolo y empieza á iluminar las almas una nueva fé.

Los mismos hombres que dominan á los demás, bien porque introduzcan en las razas salvajes los primeros gérmenes de civilización, ó porque den nueva dirección á la vida intelectual de los pueblos civilizados, son considerados como dioses.

Cuanto más detenidamente estudiamos las conquistas intelectuales de la humanidad, mayor es la convicción de que la humanidad entera trabaja para ellas, y que no hay nada que sea obra de uno solo.

Unimos al nombre de los grandes hombres la historia del mundo y de la civilización.

¡Quién se atrevería á despreciar la importancia de una gran personalidad!

Pero la ciencia impone hasta á los mismos grandes hombres una ley universal de orden superior, y más digno es creer en ella que divinizar á los hombres, como generalmente se ha hecho hasta en el arte y en la ciencia.

Todo gran descubrimiento que, al parecer, nace espontáneamente de la cabeza de su inventor, estaba preparado.

Con frecuencia, el mérito de los grandes pensadores consiste en reunir los elementos hasta entonces dispersos, ó en encontrar la expresión precisa, la forma acabada de ciertas ideas que estaban, por decirlo así, en la atmósfera, y que se habían señalado por diferentes puntos.

Si Newton descubrió la ley de la gravedad, no debe olvidarse que Keplero estuvo á punto de hacerlo antes que él.

Lo que bajo este punto de vista pierde el genio del individuo, lo gana la sabiduría del Creador, que ha enseñado al género humano el camino del progreso.

Citaré todavía algunos ejemplos para demostrar los importantes problemas antropológicos que sólo la etnología puede resolver.

La cuestión de la variabilidad de la naturaleza se presenta también á propósito de las razas y de los pueblos.

Unos sostienen que el clima y el suelo influyen en la vida intelectual de los pueblos.

Otros, como el conde Gobineau, han defendido la invariabilidad del caracter

de la raza, y opinado, por ejemplo, que la descripción de los antiguos galos hecha por Julio César se aplica igualmente á los franceses de hoy día.

Los alemanes se parecerían también á los germanos de Tácito, y los ingleses á los bretones y á los hiverneses de Strabón.

Teoría semejante pone en tela de juicio todos los progresos del género humano.

Puede seguramente concederse que la naturaleza conserva con tenacidad ciertos caractéres físicos ó intelectuales, y que áun mantiene los primeros á pesar de que las condiciones climatológicas varíen.

Por ello se encuentran en España los cabellos rubios de los germanos, y en

muchas ciudades de las orillas del Rhin la cabellera negra de los romanos; pero ninguna formación orgánica puede considerarse invariable, y cuando sucede esto, es porque las influencias que determinan los cambios no han obrado todavía.

Los cabellos rubios son ahora en Alemania menos frecuentes que en tiempo de Tácito; este es un hecho indicado, á mi juicio con sobrada justicia, por Prichard.

Prejuzgando la invariabilidad del caracter de la raza, Renan se vió conducido á considerar á los semitas como raza inferior, llegada al monoteismo por la imposibilidad de abrazar el politeismo, á causa de no poseer ni ciencia ni poesía.

Preciso es reconocer que en el curso de la historia del mundo los indo-germanos estaban destinados á grandes éxitos en las artes y en las ciencias, y que debían formar los más poderosos reinos.

Chwolson ha defendido brillantemente á los semitas contra los ataques de Renan, probando que la noción de Dios ha sido entre ellos más clara que en los demás pueblos, y que ellos han enseñado la humanidad y la moral, fundando tres religiones principales, el judaismo, el cristianismo y el mahometismo, y teniendo, durante largo tiempo, el comercio del mundo en sus manos.

Su maduréz política la demuestra el hecho de no haber entre ellos aristocracia, y áun cuando hoy se encuentren fa-

milias nobles entre los árabes, no poseen privilegios.

Los de Babilonia inventaron los pesos y medidas y nuestra división del tiempo; los asirios fueron maestros de los griegos en las artes, y sabido es á qué grado se elevó la cultura individual entre los árabes de España.

Las consideraciones que acabo de exponer bastan para hacer ver cual es el valor de los estudios etnológicos para la inteligencia de la naturaleza humana, y por tanto para la antropología.

La arqueología prehistórica no es menos importante bajo el punto de vista de las investigaciones antropológicas.

Una de las cuestiones de mayor interés que está llamada á resolver es la siguiente:

¿Los diversos tipos del género humano que existen hoy en la tierra, y que distinguimos como más ó menos perfectos, atestiguan sólo variedades de formación orgánica, y las razas menos perfectas han degenerado, procediendo de razas superiores desde los tiempos más remotos, ó bien representan las diversas razas grados superiores ó inferiores de una organización humana que, sin cesar, va perfeccionándose?

¿Los restos más antiguos del género humano que encontramos en el suelo, recuerdan la nobleza de la forma humana que el artista ha reproducido en el Apolo de Belvedere, ó la del negro buschiman, ó la del astraliano acurrucado en los agujeros de la tierra?

Esta última hipótesis es la expresión

de la verdad; los descubrimientos en que podemos apoyarnos nos permiten juzgar así por la extructura del cráneo y de algunas partes del esqueleto.

Pero diráse que precisamente el corto número de estos descubrimientos sirve para dudar de esta afirmación.

Los caracteres que observamos en los restos humanos fósiles ó antiquísimos son siempre semejantes á los que presentan las razas inferiores.

Algunas particularidades se han podido estudiar con motivo de ciertos descubrimientos prehistóricos.

La platicnemia, compresión lateral de la tibia, se ha observado primero en los huesos de las cavernas de Gibraltar y de Eyzies, en los huesos de las tumbas de Francia y de Westfalia, y ante-

riormente en los de la caverna de Erpfingen, que Jaeger ha descrito antes de que se hubiese observado en el esqueleto de los salvajes, de los australianos, por ejemplo, este detalle de extructura que recuerda á los monos.

Preséntase de un modo sorprendente en los negritos de Filipinas, con muchos otros caractéres de una organización inferior.

Así resulta de una recientísima observación de Virchow.

Nadie se alejará de la verdad admitiendo que esta forma de la tibia va acompañada de una modificación correspondiente en los músculos de la pierna, porque sabemos que la forma de los huesos depende de la presión de los músculos que los revisten.

Así sucede que la parte posterior unida de la tibia falta á los salvajes y á los monos antropóideos, mientras que entre nosotros está cubierta de poderosos músculos que sirven para la marcha vertical.

Mencionaré además otra modificación de extructura común á los cráneos antiguos y á los de las razas inferiores, y que, hasta hoy, no se había interpretado de una manera exacta.

Refiérome al hueso particular de la parte posterior escamosa de la cabeza, el hueso de los Incas, llamado así porque se había peusado que era especial de esta raza.

Hay que admitir qne este hueso aislado pertenece á una formación primitiva, porque en el desarrollo fetal del crá-

neo comienza por formarse aisladamente y permanece largo tiempo separado por una abertura del resto de la parte escamosa cuya porción alta y baja acaban ordinariamente por unirse y confundirse.

Este desarrollo se paraliza cuando la abertura se convierte en sutura permanente.

Todos los vertebrados poseen el hueso interparietal, en unos persiste, en otros desaparece en época más ó menos avanzada.

Tschudi y Rivero consideran la presencia de este hueso entre los peruanos como caracter particular de las tres razas primitivas del reino de los Incas, y creen que indica una formación inferior.

En su concepto sólo se encontraba además en una de las divisiones ménos elevadas de los mamíferos, la de los rumiantes.

Jacquart dice que la raza peruana no es la única que lo posee, y que también se encuentra con frecuencia en otras razas, por lo cual dicho autor deduce que este hueso no puede servir de carácter de raza, y que no puede ser considerado con una formación inferior, puesto que se encuentra en todos los vertebrados.

Ahora bien: los diez y seis cráneos citados por Jacquart, y que presentan esta particularidad, habían sido encontrados entre 2.000 cráneos, y todos á excepción de uno árabe, provenían de razas inferiores ó de antiguos cementerios.

Había entre ellos un cráneo peruano, dos de indios, uno de negrito, uno de antiguo celta, uno de bretón, uno de tártaro, uno de neocaledoniano, uno de negro, uno de javanés y dos de antiguos cementerios.

Singular es que Jacquart, que los ha descrito, no haya notado esta circunstancia.

Añadiremos que el prognatismo del mayor número de estos cráneos, advertido ya por el mismo Jacquart, es prueba en apoyo de la opinión de que pertenecen á un grado inferior de organización.

Si los diez y seis cráneos presentan un ángulo facial de 82,09 es porque su mayor ángulo facial para la apreciación del desarrollo del cráneo casi nada signifi-

ca; el término medio en siete cráneos solamente no es más que de 67,64.

El hueso interparietal en el hombre no es signo de raza, sino un desarrollo inferior en la bóveda del cráneo.

En los cráneos de razas inferiores y de una época remotísima es donde principalmente se encuentra este caracter, aunque no aparezca con frecuencia.

Yo mismo lo he visto en cuatro cráneos de la última especie.

Welker también dice que este hueso es muy raro, no habiendo encontrado más que cinco ejemplares entre 857 cráneos.

Sabido es que cuando se descubren restos humanos antiquísimos se puede en cierto modo prever las señales particulares que indicaran una formación primitiva.

Puedo citar un ejemplo convincente, y siento que la importancia del más famoso descubrimiento de este género, el de Neanderthal, haya sido puesta en duda por hechos nuevos que á él pueden referirse.

Hablo de los rastros de una afección mórbida de los huesos.

¿Las enfermedades que Virchow señala como raquitismo de la juventud y artritismo en la edad madura, son capaces de producir la forma general de esta cubierta craniense?

No creo que se haya observado nunca nada parecido, y que estas enfermedades, ó cualquier otra, una atrofía ó una hipertrofía de los huesos pueda alterar de tal modo el cráneo humano.

Además, debe suponerse que este

hombre salvaje prehistórico estaba en lucha perpétua con los animales de los bosques y endurecido por violentos trabajos, testigos su masa huesosa y sus potentes cavidades frontales.

No puedo figurarme que este hombre haya sido tan enfermizo, que sólo los cuidados de la familia bastarán para conducirle á la vejéz.

Lo que sabemos del raquitismo y del atritismo hace inverosimil que un hombre en estado libre y salvaje pueda sufrir tales enfermedades; el raquitismo sobreviene, según vemos, por la insuficiencia de alimentación en las clases populares que viven miserablemente, ó á consecuencia de dolencias debilitantes, como la sífilis; sabemos que la gota es enfermedad de las clases acomodadas,

que se alimentan con manjares especiados y vinos finos, desconocidos del hombre del Neanderthal.

Los dolores reumáticos son la dolencia que con más frecuencia sufren los salvajes, cuyo desnudo cuerpo está expuesto á todas las inclemencias de las estaciones.

Los rastros de inflamación y de ulceración crónica observados en las osamentas fósiles de las cavernas, deben sin duda alguna atribuirse á periostitis, que se pueden producir fácilmente en la húmeda atmósfera de las cavernas, ó á lesiones traumáticas que difícilmente curan, y dan lugar á supuraciones crónicas.

El malum coxæ senile, que puede también compararse con la enfermedad del

habitante de Neanderthal, ha recibido el nombre de reumartritismo, y entre las causas que lo producen se ha indicado también la influencia de la humedad.

Cree Virchow que la curvatura del fémur y el estado horizontal del cuello de este hueso reconocen por causa un estado mórbido del sistema huesoso.

Verdad es que ambos caracteres se encuentran en los raquíticos; pero al lado de esta explicación patológica hay otra que es morfológica ó etnológica.

En efecto, las mismas particularidades se observaa también en las razas inferiores.

La desviación del fémur no es tan general entre los negros como pretenden muchos escritores, pero es frecuente entre los otros salvajes.

El mismo Virchow observa que el húmero está poco contorneado entre los negritos de Filipinas, y el fémur es muy encorvado.

Yo mismo he advertido en las razas inferiores la posición horizontal del cuello del fémur, siendo evidente en un celta masculino y buschiman de la colección de Berlin.

Ambos caracteres son también comunes á los monos antropoideos, y especialmente al gorilla y al chimpanzé.

¿La atrofía de las protuberencias parietales, descubierta por Virchow, asigna al hombre de Neanderthal una edad más avanzada?

Lo dudo, porque, comparando Pozzi diversos casos de esta naturaleza, indica seis presentados en personas jóvenes.

No opino, como algunos, que la formación del cráneo de Neanderthal sea patológica y puramente individual; la considero como un tipo inferior que se acerca incontestablemente á la forma animal.

Confirma esta opinión el hecho de conocerse ya muchos cráneos antiquísimos que presentan análoga formacion, aunque no sea tan marcada.

En los Congresos de Stuttgard y de Bruselas en el pasado año he enseñado los dibujos de estos cráneos, comparados con el de un gorilla hembra.

Además de los de Neanderthal, hay cráneos de esta especie de Equisheim, de Canstadt, de Gibraltar y de Brüx, á los que es preciso unir el que recientemente ha descrito Sauvage, descubierto

en 1844 en la toba volcánica de Denise; Quatrefages y Hamy han hecho de estas formas cranienses su raza cuaternaria más antigua *(Crania ethnológica*, París 1873.)

Creo, con Virchow, que es prematuro hablar de razas de estos antiquísimos tiempos prehistóricos, porque sólo poseemos algunos cráneos, la mayor parte incompletos; y si en ellos descubrimos algunos rasgos concordantes de un tipo primitivo, este tipo ha podido ser común á muchas razas, como hoy lo vemos.

También estoy conforme con Virchow en no poderse determinar la época á que pertenecen los huesos de Neanderthal por las dos hachas de piedra pulida que, según Fulhlortt, se han encontrado le-

jos de Neanderthal, pero en la misma capa arcillosa.

Importante es el descubrimiento que bajo este punto de vista se ha hecho en una gruta próxima á Neanderthal.

En las mismas condiciones en que se ha hallado un diente de oso de las cavernas, se han encontrado muchos dientes de hiena, cuya superficie gris amarillenta, cubierta de dendritas, recuerda exactamente la extructura exterior de los huesos de Neanderthal.

Si recientemente, para poner eu duda la grande antigüedad del cráneo de Brüx, se ha rechazado el caracter diluvial de la capa de arena donde se encontró, esta crítica no es de grande importancia, porque lo que diferencia las dos capas, el diluvium y los aluviones, son las épo-

cas de su formación, que en muchos casos es difícil determinar, y cuando en estos casos se encuentra un arma de piedra por encima de restos humanos, prueba que el cráneo pertenece á una época remota.

Otro descubrimiento importante de que ya he hablado se ha hecho este verano en Coblenza, y puede servir para probar que los restos de la especie humana, cuya antigüedad es incontestable, presentarán siempre los caracteres de una organización inferior.

Al abrir una cueva en la antigua cervecería de la ciudad, se hallaron á 10 piés de profundidad los restos de dos esqueletos humanos, uno masculino y otro femenino; pero no pudo encontrarse la cabeza del primero.

¿Se había elevado allí el terreno artificialmente?

¿No era más verosimil que el suelo se hubıera bajado?

Apoyaba esta opinión el hecho de encontrarse al mismo tiempo los cimientos de un murallón romano de once piés de grueso, que sólo descendían cuatro piés por bajo del nivel actual de la calle.

El consejero de los archivos, Eltester, creyó que esta muralla, de la que se habian encontrado restos en otros sitios de este barrio, el más elevado de la ciudad, era la fortificacióu del *Castrum* romano, que en sus cuatro ángulos tenía cuatro torres, viéndose aún los restos, ó al menos las bases de dichas torres.

Siete piés por debajo de estos cimien-

tos romanos, á ocho piés de distancia de ellos y del lado del río, circunstancia que no debe olvidarse, estaban los restos humanos en una arena volcánica que se encuentra constantemente á alguna profundidad en esta parte de la población.

Estaban sepultados á un pié debajo de esta capa de arena, casi tan dura como la piedra, que se llama *britz*, y que se extiende sin interrupción en la parte de Coblenza del lado del Mosela.

La forma irregular en que estaban las osamentas acreditaban no haber sido allí enterradas por primera vez, y confirmaba esta presunción la solidéz de la capa de *britz* debajo de la cual se encontraban.

¿La presencia de estos restos huma-

nos en un aluvión tan antiguo, prueba la simultaneidad del hombre y de los fenómenos volcánicos en las inmediaciones del lago de Laah?

Dejo en pié esta cuestión; pero sí aseguro que, por lo menos, había ocho indicaciones anatómicas de una formación inferior, y estos ocho caracteres acaso no se habían encontrado aún simultáneamente, demostrando en todo caso que aquellos restos databan de una época antiquísima.

El cráneo es de mujer joven; su capacidad interior muy pequeña.

La parte posterior de la cabeza presenta por ambos lados la textura bien caracterizada de un hueso de los Incas; el cráneo tiene espina, pero no *cresta nasal*; el plano de la nariz se confunde con

la parte anterior de la cara, la mandíbula superior presenta cierto grado de prognatismo; los dos segundos premolares tienen doble raíz; la tibia del esqueleto femenino está comprimida lateralmente; en uno de los dos húmeros se reconoce la señal del agujero *intercondiloideo,* aunque esté en parte cerrado por el desarrollo de la sustancia diploética.

Los dos fémures masculinos están muy encorvados de delante atrás.

Si en este discurso de inauguración discuto algunas de las cuestiones más interesantes de nuestra ciencia, es para demostrar la importancia que, para el conocimiento del hombre, tienen las investigaciones etnológicas y prehistóricas, y para justificar la denominación que nuestra sociedad se ha dado.

Ensanchando así su dominio, la antropología hace los mayores progresos en el conocimiento de la naturaleza humana, y descubre verdades que acaso habían sido sospechadas antes ó indicadas como probables, pero que nunca se habían demostrado.

En la prueba antropológica del desarrollo gradual de la naturaleza humana consiste el alto valer y la independencia de nuestra ciencia.

Sólo la consideración del hombre conduce necesariamente á esta verdad.

Reflexiones extraordinariamente sencillas explican el enigma de nuestro orígen.

Nadie duda de que la civilización es obra del tiempo y no de la naturaleza; pero suprimir la civilización es suprimir

al hombre, el cual ha llegado á ser lo que es, pero no ha sido creado así.

Además, si el estudio de otros seres organizados nos obliga igualmente á admitir un desarrollo progresivo de que el hombre no puede ser excluído, este hecho quedará doblemente probado para el hombre.

Dícese que la obra de Darwin no hubiera obtenido el éxito que ha alcanzado si sólo hubiera tratado de las trasformaciones de las plantas y de los animales, y de sus orígenes, ascendiendo hasta las formas primitivas de que, á excepción de algunos sabios, nadie se ocupa.

El interés no hubiera llegado á ser general á no verse obligado, como lo hizo en su segunda edición, á aplicar al hom-

bre las leyes que había formulado.

No se negará, sin embargo, que, aparte de la ley de selección natural de Darwin, se habían acumulado y mantenido los hechos y las demostraciones en apoyo de la teoría del origen natural del hombre.

Darwin no ha añadido nada á esta teoría científica.

Ha desarrollo su ley de selección natural bajo un punto de vista tan estrecho y tan exclusivo, que un escritor humorista en un librito titulado *Ueber die Auflosung der Arten durch natürliche Zuchtwahl* (de la disolución de las especies por la selección natural) ha intentado la prueba de que la selección natural, lejos de producir en lo porvenir mayor multiplicidad y perfección en

las formas de la vida, conduciría más bien á nivelar por completo todas las desigualdades por la simplificación contínua de los organismos, del mismo modo que todas las fuerzas naturales se refunden en el calor universal.

El cerebro humano, del que el mayor número de hombres hace tan poco uso, descendería en el curso de los tiempos al nivel de el del mono; el hombre se trasformaría en mono, pero no sucedería lo contrario.

Todas estas proposiciones se apoyan ciertamente en hipótesis inexactas, y debe sostenerse, al contrario, el progreso de la naturaleza enseñado por Darwin; pero el librito á que me refiero indica uno de los puntos más débiles de su teoría.

Equivocadamente supone que la causa del progreso del desarrollo se encuentra en los mismos, y desdeña la relación fisiológica de los cuerpos vivos con el mundo exterior, bajo cuya influencia se organizan aquellos tan por completo como las circunstancias lo permiten, modificándose progresivamente con ellas y poniéndose siempre en equilibrio con la naturaleza circundante.

Los anfibios no se han trasformado en mamíferos por la selección, sino á causa del levantamiento del suelo y del desarrollo de la vegetación que le cubría.

Si la selección natural fuese una ley de la naturaleza, tendría un valor general, pero no se aplica al hombre.

El genio no se trasmite de padre á hijo.

Todos los nacidos con felices disposiciones pueden llegar á ser grandes hombres, si obran en su vida las circunstancias más favorables de la manera más propicia.

Y es inútil decir que si la selección natural no conviene al hombre, es porque entra en juego en él una nueva fuerza, la fuerza intelectual, que se burla de aquella ley natural.

El desarrollo intelectual del hombre no es, sin embargo, un elemento completamente nuevo, sino la continuación del desarrollo de capacidades que principia en el mundo animal y está unido á la organización de los seres,

Los progresos de la humanidad descansan esencialmente en los progresos de las ciencias.

Estas no deben sus adelantamientos á la selección natural de los sabios, sino á nuevos hechos de observación que la casualidad indica con frecuencia, pero que, de seguro, estaban previstos en el orden del mundo.

Los descubrimientos de esqueletos humanos fósiles y de nuevos monos antropoideos, son los que han hecho avanzar nuestra ciencia; no la selección natural de los antropólogos.

Para los ojos penetrantes de la ciencia, todo el desarrollo del género humano hasta el día parece ser la última obra de la fuerza creadora que jamás descansa y que desarrollará cuanto está comprendido en su plan.

El origen de cada desarrollo, y por consiguiente el del hombre, podemos

someterlo á nuestras investigaciones; pero no estamos autorizados para determinar el objeto final, cualquiera que sea.

El explendor á que han llegado los estudios antropológicos y la general afición que despiertan, están motivados por la circunstancia de que nuestras investigaciones se refieren á los intereses más directos del hombre.

Lo único sensible es que todo el mundo interviene en estas diicusiones á pesar de exigir conocimientos más extensos y numerosos que las demás ciencias, y trae al debate sus convicciones religiosas, filosóficas, morales ó políticas.

Estas convicciones no tienen derecho á ser escuchadas, porque la ciencia no

depende de ellas, atendiendo sólo á la exactitud de los hechos y á sus legítimas consecuencias.

Los resultados de la ciencia no se avienen bien siempre con nuestras ideas preconcebidas, y necesitamos aprender á pensar en muchas cosas de un modo distinto que antes, si queremos gozar de esa satisfacción intelectual que es el objeto más elevado á que puede el hombre dirigirse.

El atacar nuestros estudios sirven tan sólo para fortificarlos, porque nos esforzaremos entonces en establecer más sólidamente nuestras teorías y en presentarlas de un modo más convincente.

Si el objeto de nuestra sociedad antropológica, como el de todas las demás sociedades sabias, es trabajar en común

para la solución de los problemas de la ciencia, reunir con ardiente celo las observaciones hechas en el dominio de nuestras investigaciones, despertar y mantener por todas partes el gusto hacia nuestros estudios, conste que también nos asociamos para gozar de los resultados obtenidos hasta el día y para defender nuestra ciencia contra sus adversarios.

Desdeñaremos los ataques injustos, pero acudiremos sin odio al combate con nuestros adversarios científicos, peleando con armas iguales y por la verdad.